

Desafíos democráticos actuales

*Justicia no es decir pero no hacer, o hacer lo contrario de cuanto decimos.
Justicia no es enfatizar que hay Constituciones y que todos somos libres e iguales
ante la ley, si luego a la cárcel van los más pobres y no los más ricos,
que además salen de ella antes habiendo cometido delitos mayores.*

.....
Ángel Balbuena

«Pueblo Unido». San José de Costa Rica.
.....

Ciertamente la democracia es pluralismo, pero un pluralismo asentado sobre un monismo, el de un mundo globalizado, al que se denomina con distintas palabras: posmoderno, neoliberal, de pensamiento único, etc. Unos pocos globalizan —meten en un mismo globo— a todos los demás, cuya libertad y pluralismo se reduce. Los pocos multinacionalizados o transnacionalizados dominan el globo y producen uniformidades que imposibilitan el plural diálogo en igualdad. Ese es el escenario real. Una democracia sana y verdadera, una democracia moral debería tenerlo en cuenta para descubrir las voces sofocadas de los muchos, cuyo grito resulta inaudible. Veamos cuatro retos que debe afrontar la democracia.

El desafío ecológico

La naturaleza no puede ser transgredida. Quien destruye la naturaleza cava su propia fosa. Un ecologismo democrático y bien fundado pondrá en el centro de su discurso a la persona: no es el hombre para la naturaleza, sino la naturaleza para el hombre. Obviamente, no somos enemigos de los árboles, pero más que todo vale el ser humano. Un espalda mojada es siempre, incondicional y cualitativamente superior a cualquier otra especie animal —en vías de extinción o no— y como tal hay que cuidarle. Y, porque la ecología comienza por la persona, también la persona ha de comenzar actuando ecológicamente. Ejercicio de congruencia democrática: ¿qué tal si para comenzar a ejemplarizar dejamos de fumar, dado que la democracia que no comienza con el ejemplo de cada individuo no llega a sustanciarse comunitariamente?, ¿qué tal si no arrojamos basura a la calle? Si no estamos dispuestos a asumir los pequeños gestos, ¿para cuándo las grandes gestas? La democracia dice: no dejarás para los demás lo que puedas hacer por ti mismo, madruga tú más.

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

El desafío de la vida

Cualquier especie que conculque el derecho a la vida se automutilará biológica y éticamente. La cuestión de la vida no es algo que deba dejarse al arbitrio de cada ciudadano en particular, sino que ha de ser defendido también por las instituciones, es de orden público: no se puede matar a nadie. Nunca se debe atentar contra la vida del niño o niña que va a nacer, aunque la madre sea violada. Es triste y lamentable que una mujer sea violada, y hay que castigar duramente al violador. Pero por encima de todo hay que defender la vida de todos y de cada uno, especialmente la vida de los seres más indefensos, las personas que van a nacer.

La vida que hay en el vientre de la madre es el test de toda democracia, la última palabra en torno a la cual ningún diálogo es posible: no se puede negociar con esa realidad sagrada, no cabe plantear otra cosa que su vida. La vida de quien va a nacer es la prueba de fuego de la democracia, su razón de ser, algo no sometible a pactos. Los demócratas han de ser los más grandes y entusiastas defensores de quienes no pueden defenderse a sí mismos, de las gentes más débiles. La sociedad juzgará mañana con infinita dureza a los y a las abortistas; a su lado, los defensores de la esclavitud parecerán grandes demócratas.

El demócrata defenderá la vida siempre y en todo lugar, vida que comienza desde el instante mismo de la fundación. Y la defenderá en medio de la adversidad, a pesar del secuestro emocional con que cierta prensa poderosa —enemiga de los débiles— manipula a la opinión pública presentando a los defensores de la vida como reaccionarios integristas, derechistas fundamentalistas, vaticanistas, etc, adjetivaciones tanto más frecuentes cuanto menores son los argumentos que las fundan. Tampoco faltarán las descalificaciones profesionales, y hasta las personales. Si la democracia se relaja en esta cuestión, vivirá bajo el signo de una democracia victimatoria, construida sobre los féretros invisibles, pero reales, de los abortados. El derecho a la vida, el primero y central de los derechos humanos sobre los que se funda la convivencia democrática, habría quedado conculcado, sustituido por falsos eufemismos.

Ahora bien, quien se compromete con la defensa de la persona que va a nacer debe también comprometerse con la defensa de la vida en todas y cada una de sus manifestaciones: estará en contra de la pena de muerte, en contra de la tortura, en contra del machismo, en contra del trabajo de niños menores, en contra de los salarios de hambre, etc.

En este sentido tenemos que decir con gran dolor que son malos compañeros de viaje en la defensa de la vida aquellas personas que se han enriquecido con los despojos de los pobres, a los que a duras penas permiten sobrevivir, o simplemente aquéllos que retribuyen con salarios ínfimos a sus trabajadoras y empleados domésticos, aunque ello sea conforme a lo estipulado social y legalmente. Estas gentes explotadoras cometen crímenes abominables, y tras su coartada (falsa de todos modos) se agazapan quienes cometen los crímenes aún más abominables contra la vida.

El desafío de la justicia social

A menos que den a la riqueza acumulada un uso social, los ricos serán antidemócratas, es decir, formarán parte de una democracia verbal o formal, pero no de una democracia real, y harán transparente eso que dijeron algunos Padres de la Iglesia: que el rico es ladrón, hijo de ladrón, o nieto de ladrón, pues no es justicia tener lo común por público y lo privado como propio.

¿Quién moralmente sano podría gozar de lo superfluo cuando otros mueren por falta de lo necesario? Según Lactancio, «la perfecta justicia que sostiene la sociedad humana, de la cual hablan los filósofos, el fruto verdadero y máximo de las riquezas consiste en emplearlas no para el placer propio, sino para el bienestar de muchos; no para la utilidad presente de uno mismo, sino para la justicia, la cual permanece siempre así». «¿Hasta dónde pretendéis llevar, ricos, vuestra codicia insensata?, ¿acaso sois los únicos habitantes de la tierra?, ¿por qué expulsáis de sus posesiones a los que tienen vuestra misma naturaleza y vindicáis para vosotros solos la posesión de toda la tierra?. En común ha sido creada la tierra para todos, ricos y pobres; ¿por qué os arrogáis, ricos, el derecho exclusivo del suelo?. Nadie es rico por naturaleza, pues ésta engendra igualmente pobres a todos. Nacemos desnudos y sin oro y plata. Desnudos vemos la luz del sol por primera vez, necesitados de alimento, vestido y bebidas; desnudos recibe la tierra a los que salieron de ella, y nadie puede encerrar con él en su sepulcro los límites de sus posesiones. Un pedazo estrecho de tierra es bastante a la hora de la muerte, lo mismo para el pobre que para el rico, y la tierra que no fue suficiente para calmar la ambición del rico lo cubre entonces totalmente. La naturaleza no distingue a los hombres en su nacimiento ni en su muerte. Les engendra igualmente a todos y del mismo modo les recibe en el seno del sepulcro. ¿Quién puede establecer clases entre los muertos?. Excava de nuevo los

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

sepulcros y, si puedes, distingue al rico. Acaso solamente se puedan distinguir en que con el rico se pudren muchas más cosas» (Nabuthé Jezrealita). «¿Por qué separarnos por culpa de la propiedad que unos tienen y de la que otros carecen? Lo que es común y ha sido dado para uso de todos lo usas tú sólo. El amor hace común lo propio: te hace ver en el prójimo otro tú mismo y te enseña a alegrarte de sus bienes como de los tuyos propios, y a soportar sus defectos como los tuyos propios» (san Juan Crisóstomo).

Justicia no es decir pero no hacer, o hacer lo contrario de cuanto decimos. Justicia no es enfatizar que hay Constituciones y que todos somos libres e iguales ante la ley, si luego a la cárcel van los más pobres y no los más ricos, que además salen de ella antes habiendo cometido delitos mayores. Justicia es, como dijo Aristóteles, abstenerse de la *pleonexía*, esto es, de obtener para uno mismo ciertas ventajas apoderándose de lo que pertenece a otro, sus propiedades, sus remuneraciones, su empleo o cosas parecidas; o negándole a una persona lo que le es debido, el cumplimiento de una promesa, el pago de una deuda, el mostrarle el debido respeto.

La democracia ha de plantearse los límites del derecho de apropiación de lo ajeno, cuando lo necesario de

muchos sirve al derroche superfluo de unos pocos. Mala señal de salud democrática es que los ricos se enriquecen más, mientras los pobres son empobrecidos más. Mala señal de salud democrática es ver a los más enriquecidos de los países empobrecidos entre los más enriquecidos del mundo. Una sociedad democrática basada sobre la injusticia es una oligarquía necesitada de demagogia. No hay justicia, ni siquiera sociedad, sin un cierto grado de igualdad y sin libertad. Es justa toda acción que permite que la libre voluntad de cada uno coexista con la libertad de los otros conforme a una ley universal.

El desafío de la paz y la concordia

La injusticia produce violencia. No habrá paz sin justicia. Violencias, terrorismos, robos, etc, se incrementan en los países más injustos. Y tampoco queremos olvidar que las guerras son negocio para los enriquecidos a costa de las vidas de los más empobrecidos, los cuales dejan sobre el suelo lo único que tienen: su vida. Frente a eso, la justicia y la paz democráticas se besan. Sólo los justos y pacíficos construirán democracia en paz y en concordia, en orden y en armonía.